

I Asamblea de Predicación (2): Del orador sagrado al comunicador religioso

Fray José Luis Gago de Val, O.P.

Valladolid, mayo 2006

Presentación

“El rey de una isla del Pacífico Sur daba un banquete en honor de un distinguido huésped occidental. Cuando llegó el momento de pronunciar los elogios del huésped, el rey siguió sentado mientras un orador profesional, especialmente designado al efecto, se excedía en elogios al ilustre visitante. Tras el elocuente panegírico, el huésped se levantó para corresponder con unas palabras de agradecimiento al rey. Pero éste lo retuvo amablemente: “No se levante, por favor”, le dijo; “ya he encargado a otro orador que hable por usted. En nuestra isla, pensamos que **hablar en público no debe estar en manos de aficionados.**”

1. Introducción un punto erudita

Los estudiosos sitúan el nacimiento de la retórica-como-ciencia en la antigua Grecia, hacia el año 485 antes de Cristo, cuando dos sicilianos, Hierón y Gelón, expropiaron numerosas tierras de ciudadanos de Siracusa por medio de mercenarios costeados por ellos. Los perjudicados se sublevaron y quisieron recuperar sus derechos y sus propiedades; lo que originó la multiplicación de innumerables procesos legales para probar que ellos eran los legítimos propietarios de los terrenos arrebatados. Estos hechos dieron origen a situaciones sociales y de opinión pública que demostraron la necesidad de personas que, por su capacidad de argumentación y su soltura verbal defendieran eficaz y brillantemente ante los jueces los derechos de los legítimos propietarios. Pronto, esa elocuencia vino a transformarse en materia de enseñanza. Nombres importantes en este proceso son Empédocles de Agrigento, Córax y Tisias; a éste último se le atribuye el primer manual de retórica

La retórica demostró pronto su utilidad como instrumento político en el régimen democrático, divulgada por los sofistas, como Protágoras de Abdera (485 – 410 a JC), Gorgias e Isócrates (436 – 388 a JC). Por otra parte, y en contradicción con ellos, Platón contraponen a la retórica sofística, constituida por la “logografía”, que consiste en escribir, no importa qué discurso, la retórica llamada “psiquegogía” o formación de las almas por medio de la palabra. En dos de sus Diálogos Platón expone cuanto se refiere precisamente a la retórica: son el Gorgias y el Fedro. En el Gorgias afirma que “la retórica es, por excelencia, el arte de persuadir: en el sentido de que da los medios de hacer prevalecer su opinión en todo y frente a todos”.

A partir de aquí podemos perfeccionar su definición y sugerir sus derivaciones. La retórica es a la vez ciencia y arte que se refiere a la acción del discurso sobre los espíritus; ciencia, en cuanto estudio estructurado: arte como ejercicio de los principios y técnicas aprendidas.

Otro término identificado – a veces como sinónimo, a veces como concepto específico, es el de “oratoria”. Según el diccionario de la Real Academia, retórica es el “arte de bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover.” Oratoria, más genéricamente, es “el arte de hablar con elocuencia”.

Antonio de Campmany y Montpalau (1742-1813) en su “Filosofía de la Elocuencia” escribe: “La elocuencia, que nació antes que la retórica, no es otra cosa, hablando con propiedad, que el talento de imprimir con fuerza y color en el alma del oyente los afectos que tienen agitada la nuestra.”

No es necesario incorporar un catálogo bibliográfico, para apreciar el alcance y función que estas materias han desempeñado en el desenvolvimiento de las culturas. Sin abandonar el helenismo, llama la atención el desarrollo filosófico y la derivación académica de dichas disciplinas.

A modo de ejemplo, mencionemos los 14 “progymnasmata” o ejercicios de retórica que, graduados de menor a mayor dificultad, constituían la programación escolar para instruir y entrenar a los futuros oradores; dichos ejercicios les preparaban en los tres géneros oratorios: el judicial, el deliberativo y el epidíctico, encaminado a ejercitarse en el encomio y el vituperio preferentemente.

Resulta interesante comprobar cómo los textos y manuales de retórica clásica, de oratoria moderna y de comunicación contemporánea soportan sus principios y su estructura pedagógica fundamental, en los esquemas establecidos ya por Gorgias en su obra “Sobre las figuras de la retórica”, perfilados sucesivamente por Cicerón en su “Tratado de Retórica” y por Quintiliano en los 12 Libros “De Institutione oratoria”...Apreciación que se observa también en cualesquiera de las obras de los primeros tratadistas en lengua española: sea la primera retórica, impresa en Alcalá en 1541, del fraile jerónimo Miguel de Salinas, el “Arte de Retórica” de Rodrigo Santayana, o los “Rethoricorum libri III” de Benito Arias Montano. Salvadas las diferencias, los principios y las técnicas básicas que los actuales teóricos de la comunicación proponen, no son muy distintos de las enseñanzas impartidas por Isócrates (436 – 388 a de C.) en su escuela de oradores.

Valga lo dicho como preámbulo al asunto principal que nos ocupa.

2. ¿Quid sit praedicatio?

He aludido a los tres géneros de la oratoria clásica: judicial, deliberativo y epidíctico o demostrativo. Es evidente que esta parcelación no es excluyente y que el género que pretendemos acotar tiene su especificidad: la denominada oratoria sagrada... **predicación** es nuestra palabra. “La variedad de matices de este concepto, las crisis por

las que ha pasado, los problemas que entraña una teología de la predicación –escribe Francisco Javier Calvo- han contribuido a una falta de unidad en la terminología entre los estudiosos. La transmisión del mensaje cristiano en general, prescindiendo de sus formas concretas, se designa respectivamente por evangelización, catequesis, predicación. Hay muchas posibilidades diferentes de aplicar la palabra predicación.

Se predica en el templo, en la celebración litúrgica y fuera de ella. Se predica en salas de conferencias, en grandes manifestaciones e incluso en plazas y calles. Se predica por radio y televisión, etc. Dentro de esta falta de precisión en la terminología hay algo que se puede afirmar con certeza: la predicación es el anuncio de la palabra de Dios.”

En la literatura paleocristiana, la palabra predicar conserva siempre el sentido de “proclamación del mensaje cristiano”.

Con un estudioso de la teología de la predicación – Domenico Grasso, “*Teología de la predicación*”, Ediciones Sígueme, Salamanca 1968)- la definimos como “la proclamación del misterio de la salvación, hecha por Dios mismo a través de sus enviados, en orden a la fe y a la conversión y para el crecimiento de la vida cristiana.” En otro lugar de su obra “*Teología de la predicación*” afirma: “ la predicación es un acontecimiento: el encuentro con Dios. La historia de cada hombre no es tal, hasta que Dios no entra en ella obligándole a una elección. El encuentro entre Cristo y cada hombre acontece en la predicación antes que en los sacramentos.

La predicación es vehículo de la gracia y, en particular, de esta gracia fundamental que es la fe. De ahí su preeminencia entre los ministerios de la Iglesia.” El propio Grasso asegura que la predicación es más importante que las obras de caridad arguyendo por el dato, recogido en el libro de los Hechos de los apóstoles, de la elección de los siete diáconos, pues...”no es razonable que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra de Dios, dijeron, para servir a las mesas. (Hech 6,2)”. “Más importante, insiste, que la administración de los sacramentos, incluido el bautismo: Jesucristo, consciente de que el Padre le ha enviado a predicar el reino de Dios (Lc 4, 43) deja en manos de sus apóstoles la administración del bautismo de penitencia. San Pablo hará lo propio y, para justificar su proceder reservándose la predicación, recurre al mandato de Jesucristo: “Que no me envié Cristo a bautizar, sino a evangelizar”. (1 Cor 1, 17)

Probablemente hay que buscar, en el ejemplo de Cristo y de san Pablo, la causa de que los obispos de los primeros tiempos se reservaran para sí el ministerio de la palabra y no permitieran ejercerlo a los simples sacerdotes, sino en época muy tardía.

En África fue san Agustín el primer presbítero a quien se le permitió predicar; el hecho llamó tanto la atención, que el papa Celestino escribió a los obispos de Italia para que no imitasen este “mal ejemplo.” No obstante, en el Concilio de Arlés (813) aparece por primera vez el mandato de que los párrocos prediquen en sus parroquias.

Aquí es obligado mencionar a Diego de Acebedo, obispo de Osma y Domingo de Guzmán, por entonces canónigo regular de su cabildo. Año 1205: primer contacto con cátaros y valdenses en el mediodía francés, inicio de una nueva etapa que se inaugura con la fundación, en Prulla, Francia, de una casa llamada “santa predicación”; desde allí, con la aprobación sucesiva de Honorio III e Inocencio III, surgirán los frailes predicadores “para consagrarlos – les escribiré el primero de ellos-a la predicación de la palabra de

Dios, propagando por el mundo el nombre de Nuestro Señor Jesucristo". El IV Concilio de Letrán (1215) extenderá la experiencia recuperada por los frailes predicadores.

Pero la cosa empezó en Galilea... Es frecuente encontrar en el evangelio la expresión "Jesús pasaba predicando el evangelio del Reino"; y ése es el encargo que dejó a los suyos: "Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura". Desde los apóstoles Pedro y Pablo, la historia de la Iglesia es la historia de la predicación, de la evangelización, de la proclamación del evangelio.

3. Palabra de Dios en palabra humana

Predicación es poner voz a la Palabra de Dios, sonorizarla, bajarla a nuestra "frecuencia". La Palabra de Dios es el constitutivo de la predicación; Dios invita al hombre a un encuentro con él, a constituir comunidad de vida y amor, y lo hace a través de la palabra humana. La predicación no es sólo la Palabra de Dios, pero es, sobre todo la Palabra de Dios. En consecuencia, en la predicación se da una dimensión sagrada primordial; su objeto y su fin es conducir al encuentro con Dios. De este carácter sagrado deriva la energía, la grandeza y la responsabilidad de la predicación.

"Nada hay más solemne que la voz de Dios que, a través de un enviado suyo revestido de autoridad, manifiesta al hombre su voluntad de salvación. Dios no habla sino de cosas formidables: de las cosas que se refieren a la salvación... (Domenico Grasso, op. cit.)"

Pero la Palabra de Dios se vehicula, en la predicación, por la palabra humana, pronunciada por hombres, dirigida a hombres para suscitar en ellos determinadas reacciones. La palabra es el medio de comunicación humana por excelencia, el medio de que dispone una persona para comunicar a otra su pensamiento, sus sentimientos, y recibir una respuesta. La filosofía y la psicología del lenguaje han puesto de manifiesto el carácter interpersonal, dinámico y existencial de la palabra. Dentro de cada palabra está, no sólo un concepto, una idea, sino un alma.

Las palabras revelan a quien las profiere, son una manifestación de su intimidad. El simple "flatum vocis", descriptivo de su realidad física, no es otra cosa que el soporte de ideas, informaciones y sentimientos; pero también ha de ser trabajada con elementos que enriquecen sus potencialidades: entonación, ritmo, expresión, pronunciación, claridad, vocalización, acento, intención.... Todos estos factores, frecuentemente descuidados por el predicador, son importantes referidos también a la lectura en público y en voz alta.

Juan Beneyto afirma que el comunicador debe poner en su locución una gran carga expresiva: "... no sólo lee o habla: interpreta las palabras, acentúa, descubre, subraya, insinúa, disuade, persuade, invita." La palabra, y de manera particular, la palabra hablada es al tiempo materia y forma, sustancia y accidente. Aranguren afirma del filósofo – válido para el comunicador- que no puede contentarse con ser "amigo de las razones", necesita igualmente ser "amigo de las palabras". De las palabras, diría yo, y de todos aquellos recursos que, trufados en ellas, las hacen más lúcidas, más comprensibles, atractivas, provocadoras, eficaces. Cito de una cita atribuida a Nietzsche: "Lo más comprensible del

lenguaje no es la palabra en sí, sino el tono, la fuerza, la modulación, el tempo con que se pronuncian las palabras; en suma, la música detrás de las palabras, la pasión detrás de esa música, la persona detrás de esa pasión..”

El predicador ha de manejar el lenguaje con habilidad, gracia y soltura, con fuerza y convicción; sin estos registros, las ideas pueden verse neutralizadas. Ángel González, en un poema titulado “Palabra muerta, palabra perdida” dice bellamente:

**“Cuando un nombre no nombra y se vacía,
desvanece también,
destruye, mata la realidad que intenta su designio”.**

Todos los hallazgos y aportaciones conque las ciencias, la literatura, el pensamiento, el arte, etc, han enriquecido la comunicación humana han sido incorporados a la oratoria sagrada a través del tiempo, viéndose sujeta a idénticos logros y movimientos, estilos y técnicas que cualquiera otra expresión cultural.

Cada etapa de la historia ha sido testigo de las diversas formulaciones de la predicación cristiana: desde la apostólica y la patrística hasta la mediática o virtual: de Orígenes a Fulton Sheen, de Juan Crisóstomo a Royo Marín, de Vicente Ferrer al P. Rodríguez. Cada época genera sus propias criaturas en todas las dimensiones de la sociedad; también sus predicadores, hijos de su tiempo, de la iglesia de su tiempo, de la cultura de su generación.

Otro elemento importante y que diversifica las formas de predicación lo constituyen sus destinatarios, percibidos como sujetos convocados a la fe, invitados al encuentro con el Dios de Jesús de Nazaret.

Desde este criterio de finalidad de la predicación, suele distinguirse una predicación misionera, una predicación de iniciación y una predicación litúrgica. La primera evangelización, se dirige a los que no conocen a Cristo de quienes pretende lograr su adhesión a esa fe que la predicación propone. La catequesis está destinada a ampliar y profundizar el conocimiento de la fe en sus implicaciones doctrinales y morales. La tercera, la homilía, cuyo destinatario es la comunidad cristiana, tiene lugar dentro de la celebración litúrgica como elemento iluminador de la fe vivida en la celebración del misterio. Proponer la fe, conocer la fe y vivir la fe constituyen tres especificaciones de la predicación y tres formas de anunciarla.

Esta diversificación entre grandes ramas –evangelización, catequesis y predicación litúrgica, esencialmente homilética, es convencional y, en todo caso, simplificada; pero facilita la redistribución en torno a ellas de los diversos géneros de predicación.

La historia de la Iglesia está flanqueada de figuras extraordinarias en todos los géneros de predicación: misioneros predicadores del primer anuncio, predicadores catequéticos y predicadores homiléticos insuperables, cuyos textos constituyen verdaderos lugares teológicos en lo doctrinal, en lo litúrgico y en lo pastoral. La abundantísima literatura sobre oratoria sagrada cristiana muestra la variedad y originalidad de formas y estilos de predicación, surgidas al ritmo de los tiempos y de las circunstancias.

4. Diversiones de la predicación

Como en cualquier actividad humana, no han faltado, ni faltan errores y extravagancias que no empañan en absoluto la grandeza y validez de la acción evangelizadora de la predicación. Es casi obligado aludir, refiriéndonos a la España del XVIII, al estilo oratorio gongorista, culterano, preciosista que el P. Isla ridiculiza en su "Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas"; o el caso de Gabriel Barletta (m.1845), uno de los más destacados ejemplares de la oratoria burlesca; estilo fantasioso, chocarrero, esmaltado de ejemplos picarescos que hizo proverbial la frase "Nescit predicare, qui nescit barletare"... Como razón de fondo de estos y otros desvaríos se suele señalar la erosión o desvitalización de lo sagrado, bajo sutiles tentaciones de diversa índole: pretensión intelectual, suficiencia, afán de originalidad, improvisación, etc.

"A través de los siglos, - escribe Grasso- quizás este carácter sagrado haya sido el más ausente en no pocos predicadores. La crisis de la predicación radica, precisamente, en la pérdida de su carácter de "sacralidad", en la profanación de la palabra de Dios. Dicha profanación convierte la palabra del predicador no en vehículo de la palabra de Dios, sino en palabra humana: reduce la predicación **de la palabra de Dios** a palabra **acerca de Dios o en torno a Dios**. De esta forma, el predicador, entendido en el sentido bíblico de instrumento en cuya voz resuena la de Dios, se transforma en profesor, es decir, en el hombre que habla de Dios. El mensajero se queda en orador que pretende suscitar el interés o el aplauso de la gente."

5. Importa el predicador

Schillebeeckx escribe, referido a la palabra de Dios: "El hebreo no distingue entre la palabra y la persona que la pronuncia. La palabra es un modo de ser de la persona misma. La fuerza de la palabra es la misma que la de la persona que la pronuncia. De aquí el poder de la palabra de Dios." (Parole et sacrament dans l'Église). Esto puede trasladarse a la palabra del predicador y a su persona. Santo Tomás afirma, en la Suma teológica: "Nadie debe asumir el papel de predicar, mientras no se haya purificado de la culpa y perfeccionado en la virtud; como se dice de Cristo que "coepit fácere et docere". (Summa Theológica, 3, q.41.a. 3, ad 1) Antes lo había sentenciado san Agustín en su "De doctrina cristiana": "Más lo podrá por el fervor de sus oraciones que por habilidad oratoria. Por tanto, orando por sí y por aquellos a quienes ha de hablar, sea antes hombre de oración que de peroración. Cuando se acerque la hora de hablar, antes de soltar la lengua una palabra, eleve a Dios su alma sedienta para derramar lo que bebió y exhalar de lo que se llenó." Es lo que santo Tomás sintetizará en lo que ha pasado a consignar en las Constituciones de los frailes predicadores: "Contemplari,et contemplata aliis tradere". (L Constituciones Ordinis Praedicatorum, 1, IV)

Todo el mundo afirma, unánimemente, la santidad del predicador como postulado indiscutido. Autores ha habido que han disputado sobre si la carencia de facultades naturales para la elocuencia en los candidatos al sacerdocio pudiera ser impedimento dirimente para su ordenación. Ninguno disiente acerca de la santidad como cualidad previa y concomitante del predicador. El cardenal Iván Días, arzobispo de Bombay, en su

intervención en el último Sínodo de los obispos, afirmó: “El secreto de una homilía que transforme los corazones es una larga adoración ante el Santísimo.” La identificación del predicador con los contenidos de su predicación, su coherencia y testimonio personal, humildad, mansedumbre, compasión, etc, son convicciones y virtudes primordiales.

Cuando a David Hume, el filósofo agnóstico inglés se le tachó de inconsecuente porque iba todos los domingos a oír al ministro ortodoxo Jhon Brown, contestó: “Yo no creo todo lo que él dice, pero Brown sí lo cree. Y una vez a la semana me gusta oír a un hombre que cree lo que dice.”

Además de los aspectos existenciales del predicador y de los contenidos de su predicación, es necesario aludir a otros factores: formas y técnicas. Y, antes aún, a las cualidades naturales del predicador.

En su “Filosofía de la Elocuencia”, el ya citado Antonio de Campmany y Montpalau, afirma: “Dos cosas parece que concurren para formar al orador: la razón y el sentimiento: aquella debe convencer, ésta mover y persuadir. La elocuencia, al fin, estriba sobre estas dos disposiciones naturales que son como las raíces del árbol”. Efectivamente: razón para convencer y sentimiento para persuadir. Quintiliano lo había escrito antes: “amor en el corazón, la verdad en la inteligencia y colorido y vida en la expresión.” Razón y claridad para convencer, sentimiento para persuadir y conmover, estilo y buen decir para agradar.

6. Importan los modos

Pasaron los tiempos en los que la predicación cristianase envolvía en ampulosidad literaria, en altísona retórica, en acentos apocalípticos, en panegíricos sublimes, en discursos de teología especulativa. Esto ha cambiado efectivamente. Aun así...

El beato Juan XXIII, dirigiéndose a los predicadores de Roma, dijo en una ocasión: “Es preciso reconocer que la forma actual de predicación tal vez no estimula ni sacia la sed de verdad. Todo tiene su propio valor: el lenguaje, el modo de exponer, el trato humilde y amable. Las florituras han perdido toda atracción. Todo debe decirse de una manera clara y respetuosa, nunca con la expresión áspera y amarga de una polémica ineficaz.” Resulta llamativo que en sus alocuciones a los predicadores parecía más preocupado por la forma que por el contenido de la predicación; sin duda porque el contenido le parecía tan evidente que lo daba por supuesto. De ahí que su preocupación era **cómo** comunicar. “Jamás tuve dudas de fe, decía. Pero hay algo que me atormenta. Cristo está desde hace dos mil años con los brazos en cruz. Y nosotros, ¿**cómo** anunciamos la buena nueva?, ¿**cómo** la presentamos a las gentes de nuestro tiempo?” Esta es la grande y eterna preocupación de la iglesia: obispos, sacerdotes y fieles; cada sector por razones semejantes, y cada uno de ellos por algunas más específicas y concernientes.

Muestra de la importancia que a esta materia se le ha otorgado siempre es la superabundancia de obras y tratados de oratoria sagrada, sermonarios, homiléticas, etc en todo tiempo y lugar. También en la actualidad hay iniciativas que manifiestan la

importancia que se otorga a cuanto ayude a mejorar la calidad de la predicación; incluso alguna, pintoresca: por ejemplo:

La fundación norteamericana “Acton Institute” convoca, desde el año 2002, el concurso internacional “Premio a la mejor homilía en español” El P. Robert A. Sirico, presidente de dicha Fundación, explica el concurso: consiste en que los participantes –seminaristas y estudiantes de postgrado- preparen una homilía basada en textos del evangelio previamente señalados; los destinatarios imaginarios de estas homilías son ejecutivos de empresa. Tres premios: 2.000 dólares, 1.000 y 500 respectivamente. El concurso lleva ya cuatro años realizándose con creciente participación de seminaristas de Hispanoamérica y de España.

Por su parte, los fieles, destinatarios habitualmente sufridores de la predicación de sus pastores, hacen todo tipo de reclamaciones sobre las homilías, presentan quejas hasta el desánimo, piden clemencia, redactan comunicados, sátiras, trágalas y epigramas sin que todavía hayamos sido capaces de lograr un nivel medio general de predicación homilética generalmente satisfactorio. Y preciso lo de “homilética” por tratarse del género más común y universal, en el que actualmente se concentra gran parte de las intervenciones de la predicación.

7. Predicación/comunicación: igual, pero menos

A lo largo de este discurso he escatimado, hasta ahora, una palabra: comunicador: No obstante, es el perfecto sinónimo de predicador, de orador sagrado. Siempre lo ha sido. Pero el concepto y la realidad de la comunicación han sufrido un cambio cualitativo a partir de las comunicaciones sociales y de las nuevas tecnologías, que han multiplicado su poder, mejorado su conocimiento y ampliado sus características. Los modernos MCS no sólo han modificado el mapa de la tecnología: también la geografía comunicacional, sociológica, y no menos, los modos y actitudes personales de orden psicológico y racional.

Luis Urbez, experto en comunicación, ha trazado el siguiente retrato robot del hombre contemporáneo: “Los MCS, la cultura mediática, afirma, han producido un tipo de hombre nuevo: Más icónico que lógico. Más instintivo que racional. Más intuitivo que descriptivo. Más instantáneo que procesual. Más informatizado que comunicado.”

Este es el estereotipo de los hombres y mujeres de hoy al que responden también los destinatarios de nuestra predicación. Son los mismos. Los fieles que participan en la celebración litúrgica acuden a ella con la cabeza llena de imágenes fugaces, superpuestas, recurrentes, inoportunas, equívocas cuando no falsas de la realidad; con impactos publicitarios concupiscibles, mensajes subliminales de índole comercial o ideológica, etc, etc.

Todo ello moldea la consciencia y el inconsciente, la mente y los hábitos, los primeros principios y los reflejos condicionados. Al escuchar la predicación, nuestro auditorio no se despoja de su condición de “homo mediáticos” y se cambia, para escuchar al predicador, a la idiosincrasia del barroco, o de la sociedad de cristiandad.

Por consiguiente, el predicador, hoy, ha de acomodar, quizás mejor, “sustituir” criterios y técnicas: –sobre todo, criterios y técnicas- a las leyes de la nueva comunicación. Los viejos y admirables tratados de oratoria sagrada (“Retórica eclesiástica” del P. Granada, “Avisos para los que comienza a predicar” del P. Diego Laínez, “La espada sagrada y arte de los nuevos predicadores” de Fray Alonso Remón, “El orador cristiano” del P. Sertillanges... y tantísimos otros habrán de ser sustituidos (o acaso “completados”) por manuales menos solemnes, como (por decir algo disonante): “Las 21 cualidades indispensables de un líder”, de Jhon Maxwell, o “El arte de hablar en público” de Stephen Lucas, o “Aprender a hablar en público hoy” de Juan Antonio Vallejo Nájera, o “Cómo hablar bien en público e influir en los hombres de negocios” del inefable Dale Carnegie. Las clases de oratoria sagrada, tiempo ha suprimidas, deberán ser sustituidas por cursos acelerados sobre empresas de comunicación, talleres de imagen, oratoria y liderazgo, en centros de estudios de comunicación, relaciones públicas, protocolo y mercadotecnia, etc, etc. El predicador ya no es un heraldo ni la predicación un discurso. La predicación es un acto de comunicación, un proceso por el que se transmiten ideas, impresiones, sensaciones, actitudes de una persona a otra con vistas a una respuesta; todo ello en códigos contemporáneos.

Para que haya en verdad comunicación es precisa la reversibilidad del mensaje. Para que ésta se produzca han sido necesarios varios pasos previos: que el emisor envíe al receptor, al destinatario, mensajes nuevos, interesantes, sugestivos, sorprendentes, al menos originales; y ha de hacerlo en lenguaje inteligible, común a ambos o de fácil descodificación para el receptor.

El receptor no puede descodificar el mensaje si ignora las claves de descodificación. Es el emisor el que debe ajustar su código a las posibilidades de descodificación del receptor. No es real ni correcto preguntar. ¿Me han entendido?, sino preguntarse a sí mismo: ¿Me he explicado?

Si utiliza palabras raras, frases de sintaxis compleja, redundancias, lugares comunes, etc, dirigidas a un auditorio medio no puede pretender ser atendido ni comprendido.

Comunicarse obliga a adaptar el lenguaje al receptor. El proceso de recepción no consiste en la mera aceptación del mensaje; incluso la conformidad desencadena un proceso efector; es fundamental contar previamente con la respuesta al iniciar cualquier acto comunicativo. Actividad o inactividad, palabras o silencio tienen también valor de mensaje: influyen sobre los otros quienes, a su vez, no pueden dejar de responder y, por ende, de comunicar. Cuando dos personas se encuentran, ninguna de las dos permanece inalterable.”

La predicación ha de plantearse como un acto de comunicación intercambiada o bidireccional que es la que realiza el acto íntegro y real de la comunicación y de la relación. Aún a pesar de que no permitamos a los fieles verbalizar sus respuestas, éstas se producen en su interior y las expresan en gestos, actitudes, movimientos. Y es que “la palabra es mitad de quien la dice y mitad de quien la escucha (Montaigne). Que esa palabra pronunciada llegue nítida, comprensible, de fácil descodificación es responsabilidad y tarea del comunicador. En función de las características del receptor, tal como las describe el profesor Urbez, los efectos de la comunicación propenden a ser “más emotivos que racionales, más intuitivos que analíticos, más concretos que universales, más subconscientes que conscientes.” Tanto los rasgos del homo

mediáticos como estos efectos de la moderna comunicación obligan a replantearse los modos y técnicas de ésta.

Pero hay más: en la preocupación por el lenguaje, el predicador tiene exigencias más profundas que las de la filología, la gramática o la prosodia. Es el sentido que el Capítulo General de Cracovia de la Orden de Predicadores (agosto del 2004) define y describe de esta manera:

“Somos portadores de la Palabra de Dios hecha carne, un don que expresamos con frágiles palabras. Nosotros hacemos el lenguaje y el lenguaje nos hace a nosotros. Muchas palabras como “terrorismo”, “libertad”, “seguridad”, “mal”, son hoy retenidas en cautiverio por formadores de opinión, demagogos y fundamentalistas. Las palabras han sido corrompidas para crear un mundo de temor, en orden a legitimar un mundo de poder.... La Iglesia se halla a veces también herida por el silencio cuando teme enfrentar cuestiones disputatae.... Como predicadores estamos llamados a buscar con valentía y creatividad las palabras que habrán de romper el silencio. Como predicadores estamos empeñados en la liberación del lenguaje, a fin de cumpla su auténtico papel de servir a la verdad y explorar las fronteras. Como predicadores estamos comprometidos en un ascetismo del cuidado en el uso del lenguaje. Como predicadores estamos entregados a una vigilancia incesante en defensa del lenguaje. Como predicadores rompemos el silencio para llevar la luz del evangelio a la experiencia humana.” Actas Capítulo General de la Orden de Predicadores, Cracovia, 2004, cap 2, Predicación, nº 53)

Finalmente, el mensaje de la predicación, el evangelio de Jesús es de una incuestionable densidad. La sencillez del mensaje evangélico no mitiga su sublimidad, ni la aspereza de su verdad, ni el carácter comprometedor de la fe en Jesús de Nazaret. La palabra de Dios es inefable, lo que hace que se agranden para nosotros las dificultades de adecuar el mensaje al lenguaje y a las características del auditorio. Esta sublimidad es una dificultad añadida a la comunicación evangelizadora...

8. Pasar la ITV

Esta Asamblea Dominicana de Predicación es fruto de ideas claras, de viejas y firmes convicciones, de inquietudes incapaces de desalientos. Las reflexiones, propuestas y sugerencias que aquí se van a exponer lo son para todos nosotros, requeridos por nuestra vocación de predicadores y co-misionados por la comunidad para comunicar el evangelio. Esta misión, esta “co-misión eclesial” y sus exigencias configuran nuestro ser dominicano y describe nuestra estructura dinámica, operativa. De ahí que, por definición, por exigencia del propio ser, resulte juicioso y exigible someter a revisión, a autocrítica, cuanto se refiere a nuestra predicación; los aspectos subjetivos, personales no son los menos importantes. Uno de los riesgos es sentirse definitivamente seguro de sí mismo, de su ya demostrada habilidad, de la calidad del discurso teológico, o, también, acomodarse en la resignación de los propios modos por pereza intelectual y de la otra. La predicación es objeto de revisión permanente, individual y comunitariamente afrontado, en todo tiempo y a cualquier edad.

Cuando el gran violonchelista Pau Casals tenía 85 años, seguía practicando 4 o 5 horas diarias. Un día, alguien le preguntó por qué, a su edad y con su reconocida maestría, seguía trabajando con tanto empeño.

- “Porque tengo la impresión, dijo, de que aún ahora soy capaz de hacer progresos”.

Todos nosotros también.